



Ensañamiento y miedo: el régimen se desnuda en Punta de Rieles

CUARENTA CONFINADOS

Los gurises jugaban contentos bajo el sol, corriendo en el descampado, persiguiéndose unos a otros. Algunos estrenaban una honda nueva; acechaban alguna pássula que el griterío espantaba pronto. De improviso ocurrió lo increíble: soldados con casco, soldados de verdad, armados a guerra, rodearon al guriserio apuntándolos con sus fusiles M-1 y sus metralletas. Los niños en sus juegos habían derivado hacia las proximidades del flamante campo de concentración para presos políticos de Punta Rieles. Los mecanismos de seguridad habían funcionado a las mil maravillas y en escasos minutos los "invasores" quedaron copados. Prople del reino de lo absurdo, el episodio escondía mucho de tragedia.

Hace pocos días, en una viejo establecimiento del kilómetro 15 del camino Maldonado que fuera propiedad de la Curia y sirviera de monasterio y lazareto, comprado por el Ministerio de Defensa Nacional en 1968, el régimen inauguró una moderna cárcel para presos políticos. Desde entonces la zona está convulsionada.

Más propiamente se trata de un campo de concentración, al mejor estilo nazi. Instalado en el medio del campo, con nidos de ametralladoras camuflados con ramas en su contorno, con cercas de alambres electrificados, con torres de vigilancia, con reflectores que por la noche se mueven en busca de ocultos "enemigos". Adentro, por el momento, hay 40 confinados.

Los soldados y los oficiales visten los mismos uniformes, no usan distintivos. No se llaman por sus nombres sino por un número para evitar la identificación. Algunos de estos oficiales han sido entrenados por los norteamericanos en Panamá. Una buena escuela.

Quizá por ello, por las enseñanzas de los gringos, no les duela estar al servicio del régimen para mantener presos a luchadores orientales. Orientales muchos

de ellos excarcelados por el Poder Judicial, pero igualmente encerrados por el Ejecutivo. Orientales que muchas veces ni siquiera pasaron por los Juzgados y simplemente fueron detenidos por la policía. Orientales que, en algunos casos, sólo cometieron el "delito" de ser militantes sindicales.

Pero quizá las enseñanzas de los gringos sirvieran para que los militares se convirtieran en carceleros.

LA VIDA EN EL "CAMPO"

Una madrugada, los confinados en el CGIOR fueron despertados, cargados en camiones cerrados y trasladados durante largo rato hacia algún lugar desconocido. Los oficiales se negaron a informarles adónde eran llevados.

Como en la época de la Alemania nazi, cuando los judíos eran hacinados en vagones y transportados hacia los campos de concentración. Quizá esta actitud de los oficiales uruguayos formara parte de las enseñanzas de los gringos en materia de acciones psicológicas.

Al final llegaron a destino: la nueva cárcel de Punta Rieles.

Los presos políticos debieron amoldarse a los nuevos tiempos. Alojados de 5 a 8 en cada celda. Impedidos de leer diarios o escuchar la radio. Con recreos por grupo, es decir que salen en tandas y no se les permite estar todos juntos. Sólo están juntos cuando bajan al comedor. La comida —si bien es comible— en cambio es escasa y pobre en vitaminas. No existe la leche y el pan se come salteado.

Las celdas no tienen agua. En general el agua escasea al punto que ni siquiera alcanza para las mínimas necesidades de higiene. La ventilación dentro de las celdas es pésima. Existen ventanas, siempre cerradas, y pintadas de blanco para impedir que los presos puedan mirar hacia afuera. Alguien raspó la pintura de una ventana para poder ver el cielo; con amenazas obligaron a los presos a repintar nuevamente.

Los carceleros son, en general, gente

traída del interior. A los soldados se les había dicho que "los tupamaros son gente sucia", "que no se bañan nunca", "que se pelean entre ellos". El lavado de cerebro se desmoronó ni bien los soldados iniciaron el trato con los confinados. La mentira tiene patas cortas. ¿O es que los gringos no se esmeraron en la enseñanza sobre este aspecto?

"FORMANDO" A LOS NIÑOS

Los domingos, durante dos horas, los presos políticos pueden recibir a sus familiares. Sólo familiares directos. Ni tos, ni sobrinos, ni primos, ni amigos.

Los domingos son días duros para los familiares. Primero deben viajar en ómnibus hasta el kilómetro 15 del camino Maldonado. Luego recorrer a pie tres kilómetros (unas 15 cuadras largas) hasta el lugar donde está emplazado el campo de concentración. Allí hay que soportar las revisiones de las ropas y los bolsos; luego otras inspecciones; finalmente el encuentro con el ser querido.

De entrada, este sistema elimina a los niños pequeños y a los ancianos. Los viejos no pueden recorrer, por caminos intransitables, tres kilómetros de ida y otros tres de regreso. Las madres no pueden cargar durante ese trayecto a sus hijos pequeños. A veces lo hacen; llegan agotadas y deben estar de pie las dos horas de visita.

Porque un muro de 1.20 metros de alto separa al preso del visitante. Un muro de medio metro de ancho con doble malla de alambre de gallinero. Separados por esa distancia deben hablar, más bien deben gritar para hacerse oír, rodeados por soldados que los apuntan con sus armas.

Así transcurre la visita semanal. Un sistema verdaderamente indignante.

El primer día que se impuso este régimen de visitas, algunas señoras de edad, madres de los presos, lloraban. Fueron dos horas de angustia.

Los niños son los más afectados. Si bien se les permite pasar al otro lado y

estar en brazos de sus padres, muy pronto al ver las rejas se sienten ellos mismos presos y más aún cuando ven a sus madres del otro lado de la doble malla de tejido de alambre.

Una pequeña de 7 años, hija de un confinado en Punta Rieles, dibujó en la escuela "la familia", pedido como tarea por la maestra. Casi todos los otros gurises garrapatearon una mesa, sillas, el padre y la madre. La pequeña dibujó un rancho, un árbol y un gallo. Esa era la familia que le había dado el régimen. El mismo régimen que tiene entre "sus postulados básicos" la defensa de la familia como institución.

Algún día habrá que hacer un estudio sobre todo el daño que el régimen ha hecho a la infancia con su sistema de "confinamientos de seguridad". Por ahora, la tarea es otra.

EL ROSTRO DEL SISTEMA

Quizá haya sido en los cuarteles, en las cárceles de estos tiempos, en los campos de concentración, donde más se ha desnudado el verdadero rostro del régimen. El rostro de la violencia, de la persecución, de la venganza. El rostro también del miedo.

Venganza y miedo. Por eso, quizá, el ministro Danilo Sena no firma las solicitudes de los abogados para que sus defendidos puedan optar por el exilio. Otro hecho, éste, sublevante. Quince solicitudes duermen hoy en los despachos ministeriales. Sólo la ausencia de la firma del ministro impide que los presos puedan salir del país en 24 horas, tal como lo prevé la Constitución.

El campo de concentración de Punta Rieles muestra otra escalada del régimen que habla de "pacificar". Nunca pensó en ello. Al contrario de liberar a los militantes presos, estrena una nueva cárcel adaptada a los nuevos tiempos.

Día llegará en que los personeros del régimen y los gringos que los manejan, se darán cuenta que todo, absolutamente todo fue inútil.